

todo género que comete casi sin saberlo, por hacer camino; este libro representa bastante bien la época de la vida en que se escribió y el estado particular del alma, de la imaginación y del corazón en la adolescencia; cuando nos enamoramos con el primer amor; cuando convertimos en obstáculos grandiosos y poéticos los impedimentos prosáicos de la vida; cuando tenemos la cabeza llena de fantasías heroicas, que nos engrandecen á nuestros propios ojos; cuando somos hombres por dos ó tres partes y niños aun por veinte; cuando hemos leído á Ducray-Duminil á los once años, á Lafontaine á los trece y á Shakespeare á los diez y seis; escalera extraña y rápida, que nos hace pasar bruscamente en nuestras afecciones literarias de lo inocente á lo sentimental y de lo sentimental á lo sublime.

Por eso, según nuestra opinión, este libro, obra ingenua ante todo, representa

con alguna fidelidad la edad que lo produjo, y por eso se lo devolvemos al público en 1833 tal como se escribió en 1821.

Por otra parte, ya que el autor, por poco sitio que se le conceda en literatura, ha sufrido la ley común á todo escritor grande ó pequeño, de ver realzar sus primeras obras á expensas de las últimas y de oír declarar que se quedó lejos de producir los frutos que sus comienzos prometían, sin oponer á una crítica, quizás juiciosa y fundada, objeciones que serían sospechosas en sus labios, cree que debe reimprimir pura y simplemente sus primeras obras tal como las escribió, con la idea de que los lectores decidan, en lo que á él le concierne, si son pasos dados hácia adelante ó pasos dados hácia atrás los que separan *Han de Islandia* de *Nuestra Señora de Paris*.

V. H.

Paris, Mayo 1833.



## HAN DE ISLANDIA.

### I.

—Le han visto ustedes? Quién le ha visto?  
—Yo no.—Pues quién?—No lo sé.  
(STERNE.)



É aquí á dónde conduce el amor, vecino Niels; la pobre Guth Stersen no estaría de cuerpo presente, extendida sobre esa piedra negra, como una estrella marina olvidada por la marea, si solo hubiera pensado en clavetear la barca y en componer las redes de su padre, nuestro antiguo camarada. San Usuto el pescador la consuele en su pesar.

—Lo mismo que á su novio Gill Stadt, repuso una voz aguda y temblorosa; ese muchacho que yace á su lado, no yacería si en vez de enamorar á Guth y de buscar fortuna en las malditas minas de Røraas, hubiese empleado su juventud en mecer la cuna de su hermanito bajo las vigas ahumadas de su cabaña.

El vecino Niels, al que se dirigía el primer interlocutor, añadió:

—Vuestra memoria envejece con vuestro cuerpo, comadre Olly; Gill no tuvo nunca ningún hermano, y por eso es más cruel el dolor de la pobre viuda Stadt, porque ahora está su cabaña completamente desierta; y si trata de mirar al cielo para consolarse, se ha de interponer entre sus ojos y el cielo la vieja techumbre, de la que pende todavía la cuna vacía del niño, que fué hombre y más tarde murió.

—Pobre madre! replicó la vieja Olly, porque después de todo la culpa la tuvo él mismo; ¿quién le mandaba hacerse minero en Røraas?

—Creo, en efecto, dijo Niels, que esas infernales minas nos arrebatan un hombre por cada ascalino de cobre que producen. No os parece así, compadre Braal?

—Los mineros son unos locos, respondió el pescador. Para poder vivir, el pez no debe salir del agua, ni el hombre sepultarse en la tierra.

—Pero, preguntó un joven, ¿y si le era preciso trabajar en las minas para obtener á su prometida?

—Nadie debe exponer la vida por afecciones que no valen tanto como ella; buen lecho de boda ha conseguido Gill para su prometida Guth, contestó la vieja Olly.

—¿Esa joven, preguntó otro curioso, se ahogó de desesperación por la muerte de su prometido?

—Quién dice semejante cosa? gritó con voz de trueno un soldado que se abrió paso entre la muchedumbre. Esa muchacha, que yo conocía muy bien, era la novia de un joven minero que murió hace poco aplastado por un peñón en las galerías subterráneas de Storwaadsgrube, cerca de Røraas, pero era también la querida de uno de mis compañeros; y queriendo ayer introducirse furtivamente en Munckholm para celebrar allí con su amante la muerte de su novio, la lancha que la llevaba zozobró en un escollo y la joven se ahogó.

A estas palabras siguió confuso ruido de voces, que gritaban.

—Es imposible lo que dice ese soldado! exclamaban las mujeres viejas; las jóvenes callaban, y el vecino Niels repetía malignamente al pescador Braal su grave sentencia: "Hé aquí á dónde conduce el amor."

Iba ya á incomodarse seriamente el militar contra las mujeres que le contradecían, llamándolas *viejas brujas de la gruta de Quiragoth*, y ellas ya no se encontraban en disposición de sufrir pacientemente tan grave insulto, cuando una voz ágría é imperiosa que gritó, diciéndolas: Silencio, silencio!, vino á poner fin á la contienda. Todos callaron, como cuando se oye el *quiquiriquí* del gallo cesan los cacareos de las gallinas.

Antes de pasar adelante refiriendo el resto de la escena, debemos describir el sitio en que ésta se desarrollaba, que era —el lector sin duda lo ha adivinado ya— en uno de esos lúgubres edificios que la piedad pública y la previsión social consagran á los cadáveres incógnitos, último asilo de los muertos, que en vida fueron desgraciados, en donde se presentan el curioso indiferente, el observador filántropo y amigos ó parientes desconsolados, á los que larga é insoportable inquietud solo ha dejado una funesta esperanza. En la época lejana y en el país poco civilizado al que transporto al lector no se había ideado aun, como en nuestras ciudades de fango y oro, convertir esos lugares en depósitos de monumentos ingeniosamente siniestros y elegantemente fúnebres. La luz no descendía á ese sitio á través de una abertura de forma tumular, sino á lo largo de una bóveda artísticamente esculpida, cayendo sobre una especie de lechos, en los que parece que se haya querido dejar á los muertos algunas de las comodidades de la vida y en los que la almohada está marcada, como convidando al sueño. Si se entreabría la puerta del conserje, el ojo, fatigado de mirar cadáveres desnudos y repugnantes, no reposaba mirando muebles elegantes y niños alegres. La muerte se presentaba allí con toda su fealdad y con todo su horror, porque no se había aun intentado adornar un esqueleto descarnado con dijes y cintajos.

La sala donde se encontraban nuestros interlocutores era espaciosa y oscura, y esto la hacía aparecer más espaciosa aun; solo recibía luz por la puerta cuadrada y baja que se abría sobre el puerto de Drontheim y por un agujero del techo,

groseramente practicado, por el que una luz blanca y espesa caía mezclada con la lluvia, el granizo y la nieve sobre los cadáveres tendidos en las losas de granito. Dividía á esta sala una balaustrada de hierro, de medio cuerpo de altura: penetraba el público en la primera parte por la puerta cuadrada, y se veían en la segunda seis largas losas de granito negro, colocadas de frente y paralelamente. Una pequeña puerta lateral servía en cada sección de entrada al conserje y á su ayudante, cuya habitación ocupaba la parte posterior del edificio, inmediata al mar. El minero y su prometida estaban extendidos sobre dos de los indicados lechos; la descomposición se insinuaba ya en el cuerpo de la joven por grandes manchas azules y purpuradas que salpicaban sus miembros en el sitio de los vasos sanguíneos. Las facciones de Gill aparecían duras y sombrías, y su cadáver estaba tan horriblemente mutilado, que era imposible conocer que había sido hermoso, según aseguraba la vieja Olly.

Delante de esos despojos inanimados empezó entre la multitud que los contemplaba la conversación con que comienza la novela.

Un hombre alto, seco y viejo, sentado, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre un banquillo en el rincón más oscuro de la sala, no prestaba atención al diálogo, hasta el momento en que se levantó de súbito, gritando: ¡Silencio! ¡Silencio! y asiendo con fuerza el brazo del soldado.

Callaron todos, y volviéndose el soldado, lanzó un franca carcajada al ver á su singular interruptor, de rostro macilento, de cabellos escasos y sucios, de largos dedos y vestido completamente de cuero, cuyo conjunto justificaba tan burlona acogida. Sin embargo, exclamaron lo que sigue las mujeres, que quedaron mudas en el primer instante:

—Es el guardian del Spladgest! ¡Es el infernal conserje de los muertos! ¡Es el diabólico Spiagudry! El maldito brujo!

—Silencio! Silencio! Si hoy es día de sábado, apresuraos á buscar vuestras escobas, sino se escapan ellos solos. Dejad en paz al respetable descendiente del dios Thor.

Esto dijo Spiagudry, y esforzándose por hacer una mueca graciosa, dirigió la palabra al soldado:

—Decíais, camarada, que esa miserable mujer...

—Pícaro viejo! murmuró Olly; somos



para él *miserables mujeres*, porque si nuestros cuerpos caen en sus garras no le producen, según la tarifa, más que treinta ascalinos, mientras recibe cuarenta por el cadáver de un hombre.

—Silencio, viejas! replicó Spiagudry. Estas hijas del diablo son como sus calderas; cuando se calientan, chillan. Decidme, rey de espadas, ese soldado que tuvo por querida á Guth, ¿se matará de desesperación por haberla perdido?

Al oír esto estalló una explosión largo tiempo comprimida.

—Tunante, bribon, pagano! gritaron veinte voces ágrias y discordantes; quisiera que ese soldado se suicidase por cobrar los cuarenta ascalinos que le vale el cadáver de cada hombre.

—Y cuando eso fuera, repuso el conserje del Spladgest, ¿nuestro excelso rey y señor Christiern V no se declara protector nato de todos los trabajadores de las minas, con la idea de enriquecer su Tesoro real con los miserables despojos de los que mueran?...

—Es hacer mucho honor al rey, comparar el real Tesoro al arca de este osario, y él á tí, vecino Spiagudry, replicó el pescador Braal.

—Vecino! vecino! dijo el conserje indignado de tanta familiaridad; decid mi huésped, porque podría suceder, señor ciudadano de la barca, que os prestase por ocho días alguna de mis seis camas de piedra. Pero hablando de otra cosa, añadió sonriendo, si pregunté si se mataba ese soldado fué por saber si se perpetuaba el uso del suicidio en las grandes y trágicas pasiones que las doncellas inspiran.

—¿Piensas burlarte, guardian de cadáveres, con ese feo visaje que se parece á la última risa de un ahorcado?

—Bien dicho, señor valiente! respondió Spiagudry; siempre creí que existían más facultades espirituales bajo del casco del gendarme Thurn, que venció al diablo con el sable y con la lengua, que bajo la mitra del obispo Ysleit, que escribió la historia de Islandia, y que bajo del bonete cuadrado del profesor Shoening, que describió nuestra catedral.

—En ese caso si quieres creerme, abandona tus ganancias del Spladgest y marcha á venderte al gabinete de Historia natural del virey en Berghen. Te aseguro que allí se pagan á peso de oro los animales raros: pero en fin, ¿qué quieres de mí?

—Cuando los cuerpos que recibo han sido hallados en el agua, tengo obliga-

cion de ceder la mitad de la tarifa á los pescadores. Quiero, pues, suplicaros, ilustre heredero del gendarme Thurn, que comprometáis á vuestro camarada á que no se ahogue y á que elija cualquier otro género de muerte; esto debe serle indiferente, y al morir no querrá perjudicar á un buen cristiano que dará hospitalidad á su cadáver, si la pérdida de Guth le arrastra á ese acto de desesperación.

—Estás en un error, caritativo y hospitalario conserje; mi camarada no tendrá la satisfacción de entrar en tu tremenda posada de seis camas. ¿Crees que no se habrá consolado á estas horas con otra mujer de la pérdida de ésta?... Sé que estaba ya harto de Guth.

A estas palabras, la tempestad que momentos antes consiguió apartar de sí Spiagudry cayó más terrible sobre el malaventurado militar.

—Pícaro! miserable! gritaron las viejas... ¡Con esa facilidad nos olvidais, y nosotras, sin embargo, amamos á semejantes canallas!...

Las jóvenes seguían callando: algunas, quizás contra su voluntad, encontraban que la mala pieza del soldado era de presencia gallarda.

—¿Os proponéis festejarme con una repetición del *sábado*? ¡Terrible debe ser el suplicio de Belcebú, si está condenado á oír una vez cada semana semejantes coros!

No sabemos cómo se hubiera apaciguado esta nueva borrasca, si en ese instante no hubiera absorbido la atención general un rumor que sonaba en el exterior del edificio. El rumor se aumentó progresivamente, y pronto un enjambre de chiquillos medio desnudos, gritando y corriendo alrededor de unas angarillas cubiertas que traían dos hombres, entró tumultuosamente en el Spladgest.

—De dónde viene eso? preguntó el conserje á los portadores.

—De las playas de Urchtal.

—Oglypiglap! gritó Spiagudry.

Se abrió una de las puertas laterales y un hombrecillo de raza lapona se presentó, todo vestido de cuero. Hizo señal de que le siguieran á los portadores; Spiagudry los acompañó, y la puerta cerróse antes que la curiosa multitud tuviera tiempo para adivinar, por la longitud del cuerpo colocado sobre las angarillas, si era hombre ó mujer.

Pensando estaban en ello, cuando Spiagudry y su ayudante reaparecieron en la sala, cargados con un cadáver de

hombre, que depositaron en una de las camas de granito.

—Hace tiempo que no han tocado mis manos tan buena ropa, dijo Oglypiglap: y luego, levantando la cabeza y alzándose sobre la punta de los pies, colgó encima del muerto su elegante uniforme de capitán. La cabeza del cadáver estaba completamente desfigurada y los demás miembros cubiertos de sangre: el conserje roció todo el cuerpo repetidas veces con un cubo de agua viejo y roto.

—¡Por Belcebú, gritó el soldado, es un oficial de mi regimiento!... veamos... ¿será el capitán Bollar... por el sentimiento de haber perdido á su tío?... Bah!... no... que él hereda.—El baron Randmer?... ayer perdió en el juego su hacienda, pero mañana la recobrará quizás, añadiéndola la de su adversario.—¿Será el capitán Loly, cuyo perro se ahogó? ¿ó el tesorero Stunch, cuya mujer le es infiel?—Verdaderamente no veo en ninguno de ellos motivo suficiente para saltarse la tapa de los sesos.

La muchedumbre crecía por momentos. Un jóven que atravesaba el puerto, viendo aquella afluencia de pueblo, desmontó, poniendo las riendas del caballo en manos del criado que le seguía, y entró en el Spladgest. Vestía sencillo traje de camino, llevaba sable ceñido y se envolvía en una larga capa verde; llevaba en el sombrero, prendida con un cintillo de diamantes, una pluma negra que caía sobre su noble rostro y se balanceaba sobre su frente elevada, sombreada de largos cabellos castaños: sus botas y sus espuelas, cubiertas de barro, indicaban que venía de lejos.

Cuando entraba en el Spladgest, un hombrecillo pequeño y rechoncho, embozado como él en una capa y ocultando sus manos en dos guantes enormes, respondía al soldado:

—¿Quién os dice que ese hombre se haya matado? Respondo de que no es un suicida, como respondo que no se ha incendiado por sí mismo el techo de vuestra catedral.

Como el alacrán abre dos heridas, esta frase ocasionó dos respuestas.

—Nuestra catedral, exclamó Niels, ahora la cubren de cobre. Dicen que la prendió fuego el miserable Han para dar trabajo á los mineros, entre los que se encontraba su protegido Gill Stadt, que veis aquí.

—Cómo! gritó por su parte el soldado; ¿quereis sostenerme, á mí, segundo arcabucero de la guarnición de Munckholm,

que este hombre no se ha saltado la tapa de los sesos?

—Este hombre ha muerto asesinado, repuso con frialdad el embozado.

—Vaya un oráculo! tus ojillos grises no ven más claro que tus manos, embutidas en esos guantes en medio del verano.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos del hombrecillo.

—Soldado! pide á tu patron que estas manos no dejen un dia su huella en tu rostro.

—Oh, salgamos! gritó colérico el soldado. Despues, parándose de repente, —No, dijo, no se debe hablar de desafíos delante de los muertos.

Refunfuñó el hombrecillo algunas palabras en lengua extranjera y desapareció.

—Se encontró ese cadáver en las playas de Urchtal, dijo una voz.

—Esta mañana debió desembarcar en ellas el capitán Dispolsen, llegado de Copenhague.

—El capitán Dispolsen no ha llegado todavía á Munckholm, replicó otra voz.

—Se asegura que Han de Islandia vaga actualmente por esas playas, dijo otra voz.

—En ese caso es posible que ese cadáver sea del capitán, dijo el soldado, si Han es el asesino; porque todo el mundo sabe que el islandés asesina de una manera tan diabólica, que sus víctimas aparecen como suicidas.

—Quién es Han? preguntaron algunos curiosos.

—Un gigante, dijo uno.

—Un enano, dijo otro.

—Pero nadie le ha visto? interrogó una voz.

—Chitón! contestó la vieja Olly; se dice que solo tres personas han cambiado palabras con él: el bribón de Spiagudry, la viuda Stadt y... ese pobre Gill, que tuvo tan desgraciada vida y tan desgraciada muerte.

—Ahora, gritó de repente el soldado, ya estoy seguro de que, en efecto, es el capitán Dispolsen; reconozco la cadena de acero que, al ponerse en camino, le regaló el pobre Schumacker.

El jóven de la pluma negra rompió impetuosamente el silencio, diciendo:

—¿Estais seguro de que ese es el capitán Dispolsen?

—Seguro, contestó el soldado.

El jóven de la pluma negra desapareció bruscamente.

—Haz avanzar una lancha hácia Munckholm, dijo á su criado.

—Pero, señor, y el general?...

—Tú le llevarás los caballos; yo iré mañana. Obedece á tu amo: vamos, ya se acerca la noche y tengo prisa; una barca.

Obedeció el criado y siguió por largo rato con la vista al jóven de la pluma negra, que se alejaba de la orilla.

## II.

Me sentaré junto á tí y me contarás alguna historia entretenida para pasar el tiempo.

(MATURIN, BERTRAM.)

El lector habrá comprendido que nos encontramos en Drontheim, una de las cuatro ciudades principales de Noruega, pero que no era sitio de residencia del virey. En la época de esta novela, en 1699, el reino de Noruega estaba aun unido al de Dinamarca y gobernado por vireyes, cuya corte era Berghen, ciudad más grande, más meridional y más hermosa que Drontheim, á pesar del renombre de mal gusto que le puso el célebre almirante Tromp.

Drontheim presenta agradable aspecto desde el golfo á que dá su nombre esta ciudad; el puerto espacioso, aunque no siempre entran en él los buques con comodidad, solo presentaba entonces la apariencia de un largo canal, limitado á la derecha á navíos dinamarqueses y noruegos y á la izquierda á navíos extranjeros, division prescrita por las ordenanzas. En el fondo de una llanura muy cultivada se levanta la ciudad, que remata en las altísimas agujas de su catedral. Dicho templo es uno de los más bellos monumentos de la arquitectura gótica, como puede juzgarse por el libro del profesor Shœnning—tan eruditamente citado por Spiagudry—que lo describió (antes de que frecuentes incendios lo hubiesen destrozado): tenia en su torre más elevada la cruz episcopal, signo distintivo de la catedral del obispado luterano de Drontheim. Encima de la ciudad se ven en azulada lontananza las cimas blancas y nebulosas de las montañas de Kole, semejantes á agudos florones de una corona antigua.

En medio del puerto, á un tiro de cañon de la plaza, se levanta, sobre una masa de peñascos batidos por las olas, la solitaria fortaleza de Munckholm, sombria prision que encerraba entonces á un cautivo, célebre por sus prosperidades y sus rápidas desgracias.

Schumacker, nacido en baja esfera, se

vió colmado de los favores de su señor y luego precipitado desde el sillón de gran canciller de Dinamarca y de Noruega hasta el banco de los traidores; despues arrastrado al cadalso, y desde allí, gracias á la misericordia soberana, sepultado en un calabozo aislado á la extremidad de los dos reinos. Sus protegidos le habian derribado, privándole hasta del derecho de llamarlos ingratos, porque no podia quejarse al ver rotos á sus pies los escalones que colocó tan altos para ascender él á la altura que ascendió. El fundador de la nobleza de Dinamarca, desde la oscuridad de su destierro veia á los grandes que él ennobleció repartirse sus propias dignidades. El conde de Ahlefeld, su mortal enemigo, era su sucesor como gran canciller; el general Arensdorf, como gran mariscal, disponia de los ascensos militares, y el obispo de Spollyson ejercia el empleo de inspector de las universidades. El único de sus enemigos que no le debia su elevación era el conde Ulrico-Federico Guldenlew, hijo natural del rey Federico III, virey de Noruega, y ese fué el más generoso con él.

Hácia las rocas de Munckholm se adelantaba lentamente la barca del jóven de la pluma negra. El sol descendia con rapidez por detrás de la solitaria fortaleza, cuya mole interceptaba sus rayos, ya tan horizontales, que el aldeano de las colinas lejanas y orientales de Larsyun podia ver pasearse cerca de él la sombra vaga del centinela colocado en la torre-cilla más elevada de Munckholm.

## III.

¡Un jóven desmoralizado se ha atrevido á mirarla!... Sus miradas empañaban su pureza. ¡Claudia, esta sola idea me vuelve loco!...

(LESSING.)

Andrew, id á decir que dentro de media hora toquen á cubre-fuego. Que releve Sorsyll á Duckness en el rastrillo principal, y que Maldivins suba á la azotea de la torre grande; que se vigile por la parte de la torre del Leon de Slesvig; que no olviden de disparar el cañon para levantar la cadena del puerto... pero, no; se espera todavía al capitán Dispolsen y es menester, por el contrario, encender el fanal y ver si arde el de Walderhog, como está mandado. Sobre todo, que se preparen refrescos para el capitán... Ah! se me olvidaba... que se esté dos dias en el calabozo Toric-Belfast, segundo arca-

bucero del regimiento, por haber estado ausente todo el día.

Así hablaba un sargento bajo la bóveda negra y ahumada del cuerpo de guardia de Munckholm, situado en la torre baja que domina la principal del castillo.

Los soldados á quienes se dirigia dejaron la cama ó el juego para ejecutar sus órdenes y todo quedó en silencio.

Resonó á poco en la parte de afuera el ruido acompasado y alternativo de dos remos.

—Sin duda es el capitán Dispolsen, dijo el sargento, abriendo la ventanilla cruzada de barras de hierro que daba sobre el golfo.

En efecto, una lancha llegaba ya junto á la puerta de hierro.

—Quién está ahí? gritó el sargento con voz ronca.

—Abrid, respondieron: paz y seguridad.

—No se puede entrar: ¿teneis derecho á la entrada?

—Sí.

—Lo veremos; pero si mentís, por mi santo patron que os voy á obligar á que probeis el agua del golfo.

Cerrando la ventanilla y volviendo atrás, añadió el sargento contrariado:—No es aun el capitán!...

Brilló una luz detrás de la puerta de hierro; rechinaron los mohosos cerrojos; quitáronse las barras y abrióse la puerta: el sargento examinó el pergamino que le presentó el recién llegado.

—Pasad, le dijo. Deteneos antes, sin embargo, y dejad á la puerta el cintillo del sombrero. No se entra con alhajas en las prisiones del Estado. El reglamento dice que únicamente el rey, los miembros de la familia real, el virey, los individuos de la familia del virey y los jefes de la guarnición se exceptúan de esa regla.—Supongo que no estais comprendido en la excepción...

El jóven, sin decir palabra, se quitó el indicado cintillo de diamantes y lo entregó como paga al pescador que lo habia llevado al castillo, el que, temiendo que el jóven se arrepintiese de su generosidad, se apresuró á interponer largo espacio de mar entre el bienhechor y el beneficio.

Mientras el sargento, criticando entre dientes la imprudencia de la cancillería, que así prodigaba las papeletas de entrada, colocaba en su sitio las pesadas barras y hacia resonar sobre las gradas de caracol del cuerpo de guardia sus

gruesas botas, el jóven, embozado en su capa, atravesaba rápidamente la bóveda negra de la torre baja, luego la plaza de armas, despues el sotechado de la artillería, en donde yacían algunas viejas cullebrinas desmontadas (que pueden verse hoy todavía en el museo de Copenhague), y de las que advertia que se apartasen el grito imperioso del centinela. Llegó al rastrillo principal, que le franquearon al examinar el pergamino que presentó.

Allí ya, seguido por un soldado, cruzó, siguiendo la diagonal, sin equivocarse y como persona acostumbrada á esos sitios, uno de los cuatro patios cuadrados que flanquean el gran patio circular, de cuyo centro sale el enorme peñasco redondo donde se elevaba entonces la *Torrecilla del Leon de Slesvig*, á consecuencia del largo cautiverio que en él hizo sufrir Rolf el Enano en otros tiempos á su hermano Joathan el Leon, duque de Slesvig.

Al llegar junto al enorme peñasco redondo, el jóven de la pluma negra subió por las gradas groseramente esculpidas en la peña que se alzan tortuosamente hasta el pié de una de las torres de la cerca, en la que una poterna abierta en la parte inferior servia de entrada á la torrecilla. Allí tocó con fuerza un cuerno de cobre que le entregó el encargado de vigilar el rastrillo principal.

—Abrid, abrid! gritó una voz en el interior: ¡será sin duda ese maldito capitán!...

Abrióse la poterna y pudo ver el recién llegado, en el interior de una sala gótica débilmente alumbrada, á un jóven oficial muellemente reclinado sobre un monton de capas y de pieles de rengífero, cerca de una de esas lámparas de tres mechas que suspendian nuestros abuelos de los casetones de sus techos, y que entonces estaba en el suelo. La riqueza elegante y la excesiva afectacion del traje del oficial contrastaban con la desnudez de la sala y los muebles groseros. Tenia en la mano un libro abierto, y volvió la cabeza hácia el recién llegado.

—Es el capitán? Salud, capitán! exclamó el oficial. Estaríais lejos de creer que os esperaba un hombre que no tiene la satisfaccion de conoceros; ¡pero nos conoceremos ahora! No es verdad?... Empezad por recibir mi pésame por vuestra vuelta á este venerable castillo: por poco que more en él voy á volverme tan alegre como el mochuelo que clavan en la puerta de las torrecillas para que sirva de

espantajo, y cuando regrese á Copenhague al celebrarse las bodas de mi hermana, lléveme el diablo si allí me conocen ya el cuatro por ciento de las señoras. Decidme, ¿los lazos de color de rosa en el jubon son todavía de moda? ¿Se ha traducido alguna nueva novela de la señorita Scudery? Ahora precisamente estoy hojeando la *Clelia*; ¿supongo que se leerá aun en Copenhague?... Es mi código de la galantería, ahora que suspiro lejos de tantos ojos hermosos; porque por divinos que sean los de nuestra prisionera—ya sabeis á quién me refiero,—á mí no me dicen palabra... ¡Ah, sin las órdenes de mi padre!... Porque habeis de saber, capitán, aquí para entre nosotros, que mi padre me ha encargado respecto á la hija de Schumacker... pero todo es inútil... esa hermosa estatua no es una mujer; siempre llora y nunca me mira.

El jóven de la pluma negra, que no habia podido interrumpir la eterna charla del oficial, lanzó un grito de sorpresa, diciendo:

—Cómo! qué decís! ¿Estais encargado de seducir á la hija del desgraciado Schumacker?...

—De seducir, si así se llama actualmente en Copenhague, pero desafió al diablo á que lo consiga. Anteayer, estando de guardia, estrené por ella una magnífica gorguera que he recibido de París; pues ni siquiera levantó los ojos para fijarlos en mí, á pesar de que crucé tres ó cuatro veces por su habitacion haciendo sonar las espuelas, cuyos acicates son más grandes que un ducado de la Lombardia.

—Dios mio! Dios mio! exclamó el jóven golpeándose la frente. Es posible!...

—No es verdad? preguntó el oficial trabucando el sentido de la exclamacion de su interlocutor.—¡Ni siquiera reparó en mí!... Es increíble y, sin embargo, es cierto.

El jóven paseaba de arriba á bajo á grandes pasos, violentamente agitado.

—Quereis refrescar, capitán Dispolsen? le preguntó el oficial.

—No soy el capitán Dispolsen, le contestó el jóven.

—Cómo! exclamó el oficial con severidad y poniéndose en pié con ímpetu; ¿pues quién sois para atreveros á introducirse aquí á esta hora?...

El jóven le presentó su licencia.

—Quiero ver al conde Griffenfeld... es decir... á vuestro prisionero.

—El conde! el conde! exclamó el oficial contrariado. Esta licencia está en regla;

ésta es la firma del canceller Grummond de Kund.—“El portador podrá visitar á cualquiera hora y en todo tiempo todas las prisiones reales.” Grummond de Kund es hermano del antiguo general Levin de Kund, que manda en Drontheim, y ya sabreis que el general ha educado á mi futuro cuñado...

—Os agradezco esos detalles de familia, señor oficial; pero ¿no os parece que ya me habeis referido demasiado?...

—Tiene razon, pensó para sí el oficial, mordiéndose los labios.

—Hola!... Ujier de la torre, llevad á este extranjero á la prision de Schumacker, y no os enfadeis si he descolgado vuestra lámpara. Quise examinar un objeto que data de los tiempos de Scioldo-el-Pagano ó de Havar-el-Hendido; además, ya no se cuelgan del techo más que arañas de cristal.

Esto dijo el oficial, y mientras el jóven de la pluma negra y su conductor atravesaban el jardín desierto del castillo, volvió á anudar, mártir de la moda, el roto hilo de las aventuras galantes de la amazona Clelia y de Horacio el Tuerto.

## IV.

BENROLIO.

Dónde diablos está Romeo? Esta noche no ha vuelto á casa.

MERCUTIO.

Ni á casa de su padre; yo hablé con el criado de éste.

(SHAKESPEARE.)

Un hombre y dos caballos entraban en el patio del palacio del gobernador de Drontheim. Apeóse el jinete de mal humor, y al ir á conducir á la cuadra los dos caballos, sintió que le cogian el brazo por detrás, al mismo tiempo que una voz le decia:

—Cómo es que vienes solo, Poel? ¿Y tu amo? Dónde está tu amo?

Así le preguntaba el veterano general Levin de Kund, que viendo desde su ventana al criado del jóven de la pluma negra y una silla vacía, descendió precipitadamente y fijaba en el criado su mirada, más inquieta que su pregunta.

—Excelencia, contestó Poel inclinándose profundamente, mi amo ya no está en Drontheim.

—Que ha estado en Drontheim? ¿Y se ha marchado sin ver á su general, sin abrazar á su antiguo amigo? ¿Cuándo marchó?

—Llegó esta noche y esta misma noche se puso en camino.

—Esta noche! Pero dónde se detuvo? Dónde está?...